

## 2.6. OTROS ANIMALES

### 2.6.1. Las aves

Las aves participan de muchas de las características que hacen del cerdo un animal tan singular, aunque la importancia de las aves esté fundamentalmente en las economías domésticas modestas y no tanto en la contabilidad de las grandes explotaciones. Así, las gallinas son animales monogástricos que no aprovechan la celulosa, el pasto, pero que sacan buen rendimiento de una gran variedad de productos, muchos de ellos no aprovechables por los humanos, como hierba, lombrices, gusanos o insectos, de los que tanto gustan. En la dehesa encontraban un ámbito adecuado por ser un agroecosistema de usos extensivos, con amplios espacios abiertos en torno a los cortijos o casas y producciones a las que por lo común no hacían daño o si lo hacían era en escasa cuantía. Así, las aves campeaban por los alrededores de los lugares de habitación, en los eriales, barbechos o, a lo sumo, entraban en la hoja de labor que ese año cayese cerca del cortijo o casilla. Los lugares donde habitaban los porqueros o los chozos de los pastores vimos que estaban en hojas que no eran ese año de labor. Se daba una relación simbiótica entre las personas y las aves pues éstas últimas mantenían limpios de insectos y otros pequeños bichillos los alrededores de los cortijos, casillas y chozos.

“Y las gallinas son dañinas pero en el campo también son sanas, matan to los bichillos que hayan malos, como alacranes, ciempiés y to eso, to lo que hay alreó del cortijo lo matan to, se lo comen to.”

H. R., Cv.

Apuraban también los restos de comida y desperdicios que dejaban los humanos, por ejemplo vagabundeando por los estercoleros, y también sacaban partido de hasta la última pizca de grano que dejara el ganado, sobre todo si tenemos en cuenta que a los animales se les solía echar de comer relativamente cerca de donde vivía la gente. Las aves, a su vez, encontraban en todo ello una fuente de alimentos, al igual que en la bellota, en los retales de la misma o incluso en los restos de cosecha de las rastrojeras. En la dehesa, si no se quedaban en gallineros u otras estancias, a veces encontraban en las encinas su cobijo nocturno, principalmente las de los pastores.

La de aves y huevos no era una producción llamativa por su volumen pero tenía gran interés para algunas economías, sobre todo las más modestas, como fuente de proteínas y también de ingresos, bien fuera en metálico o a través del trueque. Encontrábamos aves en absolutamente todas las fincas y en la mayoría de las casas de los pueblos debido a varias razones: se trataba de animales pequeños; no requerían mucha atención; eran de fácil reposición, demandaban poco alimento; podían comer todo tipo de recursos; y casi de continuo suministraban huevos. Al ser animal de menor envergadura y valor por unidad, era el pollo o el gallo el único cuyo sacrificio se podían permitir, al menos en alguna ocasión ritual, todas las familias. De hecho, era el plato exquisito de las celebraciones familiares o comunitarias, como bodas, quintas, Nochebuena o fiestas patronales. Tan es así que aun hoy en día para significar, a veces irónicamente, la importancia de un acontecimiento, para decir que sería digno de celebración se exclama: *!Entonces, arroz y gallo muerto!*.

En todas las dehesas, y en mayor número que en ningún otro agroecosistema, encontramos aves, sobre todo gallinas, ya fueran propiedad de los dueños o de los empleados y así las hallamos en cortijos, casillas y chozos, en fincas grandes y pequeñas, desde un par de gallinas de los pastores, hasta bandos de hasta 70 en algunos latifundios. Los pavos eran menos frecuentes, encontrándose sobre todo en las grandes fincas, en alguna de las cuales llegaron a venderse algún año más de cerca de 300 ejemplares. La razón de esta presencia diferencial hay que buscarla en su importancia económica ya que el precio por unidad, y por tanto la pérdida en caso de muerte, era mayor en el pavo que, además era más costoso de mantener. Sobre eso hay que tener en cuenta que el pavo es más delicado y enfermizo, con mayor número de bajas. Además es menos apto para el autoconsumo, pues las familias modestas no consumían pavo debido a su alto valor y la existencia alternativa de pollos y gallos. Los huevos, lo más apto para el autoconsumo, no eran considerados de menor calidad y valor que los de gallina, aunque sí más insípidos.

En lo tocante a las razas, las gentes nos hablan de la presencia de gallinas de diverso plumaje, *colorás*, *jabás*<sup>84</sup>, blancas y negras, y de un mayor número de gallinas *del pescuezo pelao*. Un recovero nos habla de las ventajas de los distintos tipos de gallinas:

---

(84) Se denomina jabao al animal cuyo plumaje presenta alternativamente plumas de dos colores, por ejemplo una línea de plumas blancas y la siguiente negra.

“Aquí había la prat, que es la colorá, buena, y otra que era mu buena de carne y mu mala de huevos era la jabá. Aquí en esta zona la jabá prosperaba poco porque no las había pero después había una zona que era Cala, Arroyomolinos, Santa Olalla y Zufre que ahí eran casi toas las gallinas jabás y no se recogían huevos, ahora, pollos estupendos... Y esta era zona más de huevos porque había menos jabás. Luego la blanca, pero que aquí la gallina... la prat era una de las... además el huevo rojo, la prat tiene el huevo rojo, el cascarón, y el cascarón es más duro y a nosotros se nos rompían menos.”

P. A., Mn.

Anecdótica, sin duda, era la presencia de otro tipo de aves, cual es el caso de los pavos reales o gallinas de guinea, de escasa producción y más bien por capricho de los grandes propietarios. Los patos, salvo casos excepciones de algún gran cortijo con estanque o similar, no tenían acomodo en la dehesa. Palomas había en bastantes cortijos, donde se tenían también por capricho de los amos o para disfrute de los chiquillos y, por lo general, sólo unos cuantos ejemplares. No obstante en unos pocos casos se encontraban grandes bandos de palomas, de más de cincuenta por ejemplo, que se quedaban en palomares y cuyas crías se vendían. La cría de estos animales era más propia de la zona de los Llanos de Llerena, de Usagre, Villagarcía de la Torre o Valverde de Llerena.

Como ya decimos, la importancia de las aves era distinta según el tipo de economía y explotación. Ahora bien, no se llegaba a la tremenda polaridad que se daba en el cochino pues, salvo en algún caso concreto en relación con los pavos, en las fincas más grandes no suponían un volumen de venta digno de consideración y la separación entre autoconsumo y venta no era tan grande. Por las razones apuntadas, tamaño, poca exigencia de alimento, poco cuidado, capacidad de transformación de recursos variados y muchas veces marginales, las gallinas estaban en todas las casas, en los corrales, cuadras e, incluso, vagando por la calle. A veces sus productos, los huevos no eran para el autoconsumo, pues podía resultar un lujo (!*Cuando seas padre comerás huevos!*). En este contexto, los huevos eran un medio de pago de las familias humildes, que trocaban en los comercios por productos de primera necesidad y más baratos, como legumbres, arroz, azúcar, etc, tasando mucho su consumo en casa. Lo mismo podía suceder con los pollos y hasta con las gallinas viejas. En la dehesa, este tipo de economía de las aves era la de los empleados, caseros, guardas y ganaderos, gente que vivía permanentemente en las fincas y a las que se les permitía tener gallinas, bien corriendo la alimentación a cuenta del empleado, o bien como excusa, es decir, alimentándose de la finca.

“Ganaba cuarenta pesetas al mes y las gallinas. Las cuidabas con el pienso de los guarros, teníamos nuestras gallinas, tenían hecho el gallinero aparte y podíamos echarle cebá de los guarros porque estaba eso tratao así.”

M. A., Bv.

Cuando era el empleado el que había de mantener a sus gallinas, algún

roci6n de cebada era el casi exclusivo suplemento y, en cualquier caso, se podían alimentar de cuanto hubiera en los eriales de alrededor. En el caso de las aves de los ganaderos, se trataba siempre de unas pocas gallinas, pero con un n6mero mucho mayor en el caso del casero o el guarda, que a veces podía ser la misma persona. En efecto, los caseros eran los que estaban al cargo de las aves de la finca, de las del due1o, que les permitía tener las suyas propias o disponer de una parte del producto del bando de la finca.

“Como de casera que estaba podía coger, un poner, las gallinas, me podía comer un pollo cuando quisiera. Las gallinas eran del due1o pero como estábamos allí empleaos pos se comía.”

E. J. G., Fc.

Razones tenían para darles esta ventaja e incluirla dentro de la retribuci6n ya que, por un lado, evitaban la picaresca de una situaci6n que terminaría dándose y es que, aunque fuera a hurtadillas, comerían o venderían los huevos o alg6n animal, como nos explican varios informantes:

“Pos mira, tú te comes huevos porque te lo vas a comer, pero que sepas tú que yo sé que tú te comes dos huevos pa comer”.

C. S., Pl.

Otra raz6n era que de esta forma cuidarían con más esmero y dedicaci6n las gallinas y, sobre todo, los pavos, que requerían más cuidado.

“El trabajo de la casera era echar<sup>85</sup> las gallinas, echar las pavas, porque el pavo es mu tonto pa sacarlo y tenían eso, pa que se esmeraran una mijina pos le daban un tanto por ciento en el producto.”

P. A., Mn.

No obstante, los conflictos y tensiones acerca de las aves existían en algunas fincas, sobre todo cuando la magnanimidad no era la más sobresaliente virtud del amo o mediaban algunas otras circunstancias. Un porquero nos cuenta un incidente al respecto con el mandadero del amo:

“Un chulap6n de la casa, como muchos había entonces, lambeculos, que me espantó las gallinas de donde estaban comiendo con los guarros porque vio al amo, pa que se diera cuenta, creyendo que no estaba en el trato que donde comían los guarros comían las gallinas. Era un mandaero, el rapa: “anda ve a esto, a lo otro”. Lo único que hacía era llevar de comer a los guarros, un chulap6n (...). Los due1os no vigilaban, los que vigilaban eran los alcahuetes, los lambeculos, que llevaban y traían los partes, “he estao allí con el pastor y se ha comío un borrego, el otro tenía las gallinas, el otro el guarro”, y con los aperaores, “que si echaron tantas horas de almuerzo, que si sembró por aquí, por allí...” Estaba pa llevarle de comer al ganao...”

C. E., Mt.

(85) Echar las gallinas sobre los huevos para incubar.

Un recovero nos ilustra algo también:

“En los cortijos había de to, porque había cortijos mu grandes que a lo mejor no tenían ganao, y había casillas chicas que había mucho. Eso dependía de los dueños, que había dueños que a la gente que tenía allí no los dejaban de vivir y le tenían asignaos seis gallinas y no podían tener más porque se le hacía que se comían lo de los guarros y lo de los mulos. Lo que había antiguamente. Y había casillas que eran de su dueño y tenían un bando de gallinas que eran lo que le sacaba pa vender el huevo y la gallina pa criar los hijos.”

P. A., Mn.

Como decimos, el producto de las aves era una ayuda para las economías más precarias, pues eran una fuente de productos básicos a través del comercio o trueque. Así, los recoveros que iban por los campos pagaban en metálico por los huevos y pollos, y por las gallinas viejas. En las tiendas se pagaba incluso con huevos la cuenta pendiente, lo que se daba fiado o a la dita. Entre los empleados, los huevos y, sobre todo, la carne no eran muy habituales en la dieta, pero su importancia era mayor entre los caseros. Había fincas donde estaba estipulado que estos dispusieran de huevos para su consumo, al igual que algún pollo, entre otras cosas porque, a diferencia de los ganaderos, no tenían participación en los beneficios del ganado, o dicho de otro modo, su ganado eran las aves, además de algún cerdo.

Entre los pequeños propietarios, el consumo de huevos y pollos era mayor, aunque una parte de los productos de sus aves se destinase a la venta. Los bandos de las grandes fincas, además de destinarse en parte a los guardas o caseros, cubrían las necesidades de los grandes propietarios, a los que se les hacían llegar huevos y pollos a través de los empleados, concretamente del *rapa* o mandadero si lo había. Ni que decir tiene que el consumo de carne era mucho mayor entre ellos, siendo casi los únicos que comían pavos. De estos bandos de los latifundios salían las grandes partidas de pollos, gallos y pavos que recogían los recoveros.

El cuidado de las aves era un trabajo que hacían fundamentalmente las mujeres, aunque en algún caso el casero pudiera también ocuparse de algunas cuestiones relacionadas con las gallinas. Ello se debía sobre todo a que los animales estaban en las proximidades de las casas y cortijos, donde tenían lugar las actividades encomendadas a las mujeres, y el cuidado de las aves consistía en tareas que no requerían una dedicación plena, sino que se podían compaginar con el resto del trabajo doméstico, pues se trataba de sacar y encerrar las aves, echarles algún roción de comida o dar de comer a animales pequeños o delicados, echar las gallinas a incubar en el nidal, coger los huevos o atender a los polluelos junto a la chimenea. En varios pueblos nos aparecen referencias a la existencia de paveros, de hombres dedicados en exclusiva o casi al cuidado de grandes bandadas de pavos, pero siempre situándolos en otros pueblos, sin decir cuáles, a veces en Andalucía. Esto sería así por el gran número de animales, por el trabajo que los pavos requerían y por el hecho de que se alejaban mucho del cortijo, a veces

kilómetros, pero luego no volvían solos. En cualquier caso, lo más parecido a un pavero lo hemos encontrado cerca de Pallares, en que un miembro de la familia de la casera tenía mayor dedicación a los pavos, pero no era su tarea exclusiva ni mucho menos. En el asunto de los pavos, por ese alejamiento, aparecen más referencias a la intervención de hombres, del casero concretamente.

“[Al casero] le daba poco sueldo. Ahora, que pavos tenía cerca de un ciento. Y se alejaba con ellos. ¡Coño!, algunas veces llegó hasta la finca aquella que yo estaba, porque unas veces tenía un hombre, otras veces los dejaba solo y a veces se iban cuatro o cinco kilómetros. Hasta campanillas y to le tenía puesta, esquilas, y el hombre con la cesta detrás, a los que iban poniendo las pavas pos iban cogiendo las pavas, también.”

C. J., Mn.

El ciclo anual de las aves iba de invierno a invierno, de la incubación a la venta. En las fincas no se compraban animales de fuera para criar, sino que las crías salían de los huevos de las gallinas propias o de algún intercambio con vecinos. En las fincas donde había pavos, a veces era la pava la que sacaba los huevos de las gallinas, por poder incubar un mayor número debido a su tamaño, aunque tenía el peligro de poderlos romper por el mayor peso y fuerza de sus patas. Estar echada la pava con muchos huevos permitía dejar libres a las gallinas para seguir poniendo. Se buscaba echar las gallinas o pavas a finales del invierno, cuando hubiera pasado el más riguroso frío, con miras a sacar las crías para la Nochebuena. Esto sucedía sobre todo en el caso de los pavos, que se vendían por Navidad. De todas formas, podía haber pollos más tempranos, de los que reza el refrán *el pollo de enero se sube con la gallina al gallinero*. En el caso de los pollos y gallos había dos momentos punta de sacrificio, el de los pollos tomateros, hacia septiembre, el tiempo de los tomates, y el de los gallos para la Nochebuena.

La incubación y los primeros días de las crías eran los momentos más críticos y los que requerían mayor atención. Antes de todo ello había que tener cuidado con las gallinas que salían cluecas cuando no convenía echar huevos. Para quitar lo cloquera se las encerraba y se las mojaba con agua y también se las podía atar unos días.

“Cuando se quedaban cruecas pos se echaban. Está veintiún días echá la gallina en los huevos y a los veintiún días empieza a sacar los pollinos y luego la madre le da la comía. Cruecas se quedan en el cajón echao y no se levantan ni por na y si coge diez huevos debajo, diez huevos que te estropea y se le nota por la croquera, le echas doce o trece huevos y ya te saca los pollos. Pero tienes que tener pollo, pa que monte a las gallinas, como no monte a las gallinas pos no vale... pa sacar los pollos, porque como los eche sin tener pollo no te sale, tiene que tener gallaura el huevo, al no tener gallaura no sale el pollo, se estropea el huevo. Gallaura es lo del gallo”

E. J. G., Fc.

Quando existían dificultades para conseguir que la hembra, sobre todo la

pava, se echara a incubar, una técnica que daba bastante resultado era la de emborracharla dándole de comer pan mojado en vino. Una vez nacidas las crías, las que más atención requerían era las de pavo, por tratarse de animales más fríos y delicados. Recién nacidos los polluelos o los *pavinos*, en tiempo aun frío, se les solía tener unos días cerca de la candela, en algún cajón, hasta que se hacían un poco más grandes y podían defenderse. También se les podía poner un grano de pimienta en la boca para que se calentasen por dentro. Entonces, ya andaban tras sus madres por el gallinero y el campo. El gallinero podía ser una construcción específica o sencillamente podía servir una cuadra o una nave cualquiera. Así nos los describen algunos informantes:

“Pa las gallinas, un gallinero. Entonces eran pequeñitos y se le ponían unos maderos de lao a lao de la pared y otros ca vez más altos hacían como una escalera y allí se ponían de noche en los palos. Con su puerta pa taparlos por las noches porque, si no, las papardillas, zorras, jinetas y gatos monteses se las comían.”

Z. J., Cv.

“En el campo que había gallineros, los gallineros eran un cachino de ... de piedra, entonces ni ladrillo ni na, y después tapao y con cuatro palos así y se subían las gallinas en los palos. A lo mejor le ponían un cajón y allí ponían, en el nial, así se decían, una mijita de paja al cajón y se acostumbraban y ponían allí, toas las gallinas así. Y otros con ladrillos, los ha visto también, un cuadro, otro cuadro, otro, y allí va poniendo la que se le antojaba. En casa también había gallineros.

Las gallinas en un cacho de gallinero, en un cacho de cuadra cortá, con unos palos puestos atravesaos pa que el ganao subiera. Y en otros sitios en las encinas se subían, se ponían unas escaleras en el troncón de la encina, se subían y por la noche se tenía el cuidao, pa que no subiera ningún bicho a matarla, de quitarle las escaleras. Pero después pasaba una cosa, que la gallina, como madruga tanto, se tiraban de la encina y las zorras las cogían y se las llevaban. Con las zorras tuvieron que mertelas toas dentro de los cortijos.”

P. A., Mn.

En el caso de pastores, porqueros y cabreros, cualquier lugar podía servir de cobijo a las gallinas, unos haces de *taramas* o las propias encinas, como vimos. Entre los pastores, podía haber un chozo dedicado a las gallinas y había que tener cuidado de que estas no revolvieran la ceniza de las candelas y se llevaran a ese chozo o a cualquier otro restos incandescentes que provocaran incendios.

Las palomas solían quedarse en cuadras, gallineros o similares. Excepcionales eran los casos en que había palomares, construcciones altas y blancas que hermo세aban entre los encinares y que en Calera nos describen así.

“Yo he conócío unos palomares, en las Borracheras había uno que era de un señor de Fuente Cantos, hecho un palomar alto. Estaba el cortijo y a un lao de la casa del guarda estaba hecho el palomar, una construcción alta a especie de una torre, ancha p'arriba y en las paredes tenía agujeros pa que aniden. Estaba

hueco por dentro, tenía la puerta abajo pa entrar y arriba tenía una ventana pa que salieran las palomas. Hecho de pared, pero de trecho a trecho un agujero, un cuadro pa el nio y allí entrabas y las palomas salían por la ventana de arriba.”

D. A., Cl.

Durante el día, las aves deambulaban por los alrededores del cortijo o lugar de habitación, sin alejarse demasiado, salvo el caso mencionado de los pavos, y se recogían de noche, por el mencionado miedo a las alimañas. Aparte de echarles de comer, y buscar los huevos, poco trabajo requerían las aves. Sobre ésto último, se nos dice:

“Pa poner, la gallina busca el poneero sola. Si la acostumbras en el gallinero mismo a hacerle sus cajones, casi siempre dejándole uno, se acostumbran a poner allí. Cajones de piedra o de ladrillo.”

P. A., Mn.

Sin embargo, a veces había que buscar los huevos no en los lugares esperables, en los ponederos del gallineros, sino en *niales* que las gallinas hacían en el campo, entre el sembrado, los haces de *taramas* o de ramones y en los pajares. Además de no encontrarlos nunca, otro problema era encontrarlos cuando ya estuvieran hueros o estropeados.

Por aquellas fechas, aunque no desconocido, no era muy frecuente castrar los pollos.

“Se capaban no como ahora se capan, sino antes que había que abrirle debajo del ala, romperle el costillar y cogías (...) le metías un alambre, le echabas aquí una lazá, le cogía la gallaura desde lejos, tirabas de las alambres y le cortabas los huevos, hablando bien, al pollo y eso era la manera de capar que había. Eso se encargaba muchos aficionaos, después se empezó a hacer la capa haciéndole aquí una raja y metiéndole una pastilla, pero eso es ya más moderno, de la época esta vuestra.”

Las caseras no capaban. Eso eran gente que sabían, como ahora los veterinarios capan, lo mismo pasaba con las gallinas, el que era aficionao... se capaban los pollos y empezaban a engordar, cuando no cogían gallinas ni na pos a engordar. Ese era el sistema que había entonces, el que los capaba, el que tenía el gusto de caparlos.”

P. A., Mn.

Los principales problemas que presentaban las aves eran la peste y las alimañas. La más temida epizootia era la peste bubónica, conocida en muchos pueblos como morriña, y alguna otra enfermedad a la que los informantes no aciertan a dar nombre

“Después hubo una enfermedad en la gallina, que entraba en casa y no quedaba ni el gallo, se morían sin tener na, a lo mejor las arrecogía de noche y por la noche estaban toas muertas en el gallinero. Pero eso en aquellos entonces



nadie pudo saber lo que era”.

P. A., Mn.

Algo frecuente era tener que quitarle a las gallinas las pepitas que les salían en la boca. Respecto a los pavos, como hemos dicho, eran muy problemáticos. Eran fríos cuando pequeños y muy delicados. Se decía que si venía un mal aire se morían, siendo muy malo para ellos el solano. Un recovero nos da cuenta de uno de los principales males:

“La viruela es una de las enfermedades más malas que le salen al pavo. Es que se le pone la cabeza toa empollá. En los pavos se transmite rápido, del pavo a la pava y de la pava al pavo, el sistema que ahora hay con la... con el SIDA, rápido, eso vuela. . En Mérida se tiraron en la estación cientos y cientos de pavos, y en Madrid. Los últimos se mandaron degollaos, muertos ya, como se mandaba la caza”

P. A., Mn.

De entre las alimañas destacan las zorras, que merodeaban por los gallineros y por las encinas donde se quedaban las gallinas, bailándoles alrededor del tronco para asustarlas y hacerlas caer. También eran grandes enemigos las jinetas y las papardillas, siendo estas últimas más atrevidas ya que por su tamaño podían entrar fácilmente dentro de los gallineros. Para cazarlas se ponían lazos y cepos con los que, además de eliminar un peligro, se conseguían a veces algunos ingresos por las pieles, siendo muy cotizada sobre todo la de papardilla. Las culebras atacaban principalmente a los huevos y los polluelos.

En las economías más modestas se procuraba mantener a los animales con el menor gasto posible, restringiendo el grano al mínimo preciso. La hierba, lombrices, insectos y toda suerte de pequeños bichos eran el alimento que día a día buscaban por doquier. El uso del trigo era algo sumamente excepcional, así que el pienso casi exclusivo era la cebada, algún roción que otro, y preferentemente al atardecer para hacerlas acudir al gallinero. Aunque era más frecuente en la alimentación de las gallinas de las casas, donde disponían de menos grano que en las fincas, otro tipo de aporte era el que ofrecían los restos de la molienda del grano, el afrecho. En Fuentes de León nos describen los distintos tipos de subproductos de la molienda:

“Las gallinas comían cebá y salvao, el afrecho, que se le quita al trigo, o tienen en las fábricas. Eso lo vendían. Había la hoja que se decía, era más floja, y el salvao era más... Y eso se le echaba a las gallinas. Es que le quitaban la cáscara primera y salía la hoja entera, ¿no? y luego el salvao era lo que salía antes de la harina. Y luego había otra cosa que era entre harina y el salvao que le decían tercerina<sup>86</sup> ... que eso es una cosa tercera, por eso pone eso.”

A. J., Fl.

---

(86) En otros pueblos, por ejemplo Monesterio, al subproducto de la molienda que era más fino que el afrecho le llamaban *rollón*.

Ni que decir tiene que las aves aprovechaban el grano que quedaba en el suelo de las rastrojeras cuando la hoja de labor caía cerca del cortijo. Un porquero que iba a la campiña con los cochinos del espigueo nos cuenta que se trasladaba con sus gallinas también<sup>87</sup> y, por supuesto, aprovechaban el grano. Los últimos restos del grano de las eras también se podían aprovechar, aunque conviene recordar que los suelos de las eras se barrían y el grano se le podía echar, por ejemplo, a los lechones. Como dijimos, también apuraban el pienso que se le echaba al ganado.

Al ser ganado endeble, los pavos eran ayudados de chicos con cosas que resultaban una exquisitez, cual era el caso del huevo cocido.

“A los pavinos se les echaba amargaza y ortiguillas con huevo cocío, se picaba con unas tijeras. Luego, cuando eran mayorcitos comían afrecho.”

T. L., Sg.

En unos pueblos se llama *margaza* o *amargaza* a un u tipo de hierba parecido a las margaritas, en otros es un tipo de ortiga, y es al que refiere esta cita. Junto a ello se le podía echar pan o harina. Una alimento importante y que daba carnes y huevos de gran calidad era la bellota, que las aves buscaban a pie de árbol.

“... ahora en el tiempo este la gallina se acostumbraba a ir detrás de los guarros gordos. Como los guarros gordos parten la bellota y mucho le queda allí, pos iban detrás comiéndose la bellota, vamos, aquí cerca, no es que se fueran a alejar mucho pero que comían así.”

M. A., Cl.

En los pavos, el consumo de la bellota era más frecuente, y no sólo porque la comen mejor entera. Recordemos que se alejaban más pero también, a veces, les echaban bellotas incluso.

“Aquellos eran pavos, no los que hay ahora, de dieciséis o diecisiete kilos, de montanera. Y otra carne, ¿eso de ahora vale pa algo?..... Esos estaban a base de bellotas y de campo y ya está. La clase de pavo era igual pero eran carnes sin pienso compuesto y sin na. Igual que los guarros, de la yerba a la bellota y de la bellota a la yerba.”

P. A., Mn.

El recovero de Monesterio que nos acaba de hablar cuenta también cómo alimentaban a los pavos una vez comprados y antes de trasladarlos a su pueblo:

“De la zona de El Real y Santa María los acarreábamos tos a Santa María y los metíamos en un corral arrendao en la posá y, si no, se arrendaba un corralón cualquiera. Se compraban bellotas a punta pala y ya está, ponías a un muchacho

(87) Llevarse las gallinas consigo era algo que también hacían las familias de algunos pueblos, como Segura o Cabeza la Vaca, cuando se iban en el verano a la sierra o a los higuerales.

o dos que te machacaran las bellotas y ese era el sistema que había. Bellotas había entonces a punta pala en tos laos pa venderlas porque entonces se cogía bellota, había mujeres y hombres que la cogían y la vendían, eso no había problema.”

P. A., Mn.

Como ya dijimos, las gallinas buscaban toda suerte de desperdicios domésticos en los estercoleros y alrededores de las casillas y cortijos y en algunos casos aprovechan otros subproductos. Por ejemplo, en Segura de León nos hablan del uso del orujo de la uva.

Las palomas se alimentaban del campo y sólo se las suplementaba a veces con algo de cebada, entre otras cosas para que volvieran a su lugar de acomodo. La bellota era un recurso importante para ellas pero durante la montanera habían de competir con los grandes bandos de palomas torcaces que venían a la zona y a las cuales los guardas u otros empleados se afanaban en espantar con cohetes, pues podía ser mucha la bellota que se comían.

Dentro del ciclo de las aves hay que distinguir tres tipos de animales. Por un lado estaban las gallinas y pavas reproductoras y ponedoras que permanecían en la finca hasta que eran viejas. Las gallinas eran apreciadas para el caldo, que se daba por ejemplo a las mujeres que habían dado a luz o a los enfermos. Estos animales podían venderse a lo largo de todo el año, cuando se viesen ya deteriorados. No obstante, el fin de la temporada de puesta de huevos podía ser un buen momento para el desvieje y venta. El tiempo en que más ponían las gallinas era en la primavera, tras la cual bajaba mucho la puesta en el verano para ir decayendo más adelante aun, como quiere el refrán: *Por la vendimia vende tu gallina y por Navidad vuélvela a comprar*. Mientras que se dejaban algunas pollitas y pavas para renuevo, sólo algún que otro ejemplar de gallo o pavo se quedaba de semental, el resto se vendía o se comía. Un recovero nos describe los momentos más importantes del ciclo de las gallinas:

“La temporá fuerte era por septiembre (...) esos eran los primeros, los tomateros, como los tomates eran entonces, ese era el pollo, esa era la mejor cosecha. En la temporá de los tomates era la temporá de los pollos, y gallinas, pero que la gallina era continuamente, unas por una cosa, otras por otra era... esa no se cortaba, y los pollos sí. Las gallinas se vendían porque estaban viejas y porque hacían falta pa comer.”

P. A., Mn.

Como hemos visto, la carne para consumo doméstico era relativamente poca, sólo se mataban animales en ocasiones muy señaladas del ciclo vital o del ritual festivo. Las gallinas eran para caldo de personas delicadas, los pollos y gallos para bodas y días de fiesta. Los pavos sólo lo consumía en Navidad los ricos y alguna que otra familia de forma excepcional.

“Aquí pavos como no fuera alguna tornaboda que era antes lo que había, que se mataba un pavo el que lo tenía y ya está.”

P. A., Mn.

En Monesterio nos señalan algo inusual en otros pueblos.

“Y aquí había uno, que era José Hierro, que ese se dedicaba a matar pavos por Nochebuena y hacer escabeches de pavos en la feria, los hacía estupendamente. En la feria como tapa, llegabas al casino y tenías la tapa de pavo, te daban el caldo y la tapa, eso es... está riquísimo.”

P. A., Mn.

Hay que tener en cuenta que los dos momentos más fuertes del ciclo apuntado, coinciden con momentos importantes del ciclo festivo, a saber, los pollos tomateros hacia septiembre, cuando se celebran las fiestas mayores de Bodonal, Segura, Calera, Monesterio, Pallares, Santa María y no lejos de las de Fuente de Cantos y Bienvenida. La comida del día del patrón tenía como elemento central el pollo, con arroz para que diera más de sí, o en salsa en la que mojar mucho pan. Lo mismo sucedía con la cena de Nochebuena. Ya quedó dicho que otro momento importante del ciclo vital eran las fiestas de quintos, éstas más bien hacia al principiar la primavera y donde había caldereta o arroz con gallo, que aportaba cada uno de los quintos después de criarlo en casa.

Aunque una parte de los animales que se vendían era para los pueblos, la mayoría salía fuera de la zona. Hay que tener en cuenta que el mercado de este tipo de productos era estrecho en los pueblos, por la penuria económica y porque los que se consumían eran criados, como se podía, en las casas. Para dar salida a estas aves, periódicamente recorrían calles y campos los recoveros, de los propios pueblos o de pueblos vecinos, que compraban huevos y aves para otros compradores y remitentes o los llevaban directamente a mercados cercanos. La existencia de líneas de autobuses desde Sevilla a Mérida y Badajoz, a través de Monesterio y Fuente de Cantos, desde Sevilla a Granja de Torrehermosa, pasando por Pallares, y de Sevilla a Badajoz por Bodonal y Segura, además de las líneas de tren, servían para dar pronta salida a la mercancía. Esto era especialmente importante para el caso de la caza, palo que algunos recoveros también tocaban, pues al tratarse de animales muertos debían llegar rápidamente a los mercados, concretamente al de Sevilla. Recoveros importantes encontramos asentados en Monesterio y Fuente de Cantos y en pueblos limítrofes a nuestra comarca como Fregenal, Llerena y Puebla del Maestre. El caso más singular y llamativo es la red de recoveros que tenía como lugar de origen Malpartida de la Serena, basada en un entramado de relaciones familiares y de paisanaje sin los cuales no hubiera sido posible montar un sistema tan eficiente y organizado como el que hacía llegar las aves y huevos del más arcano lugar de la comarca hasta los mercados de Madrid, por ejemplo, y que se describe en el anexo que relata la vida y milagros del recovero de Monesterio.

Los recoveros, los más fuertes de ellos a caballo, otros en burro, recorrían los campos en sus bestias provistos de angarillas con tela metálica, para recoger animales vivos sin que se asfixiasen, y también huevos. En el caso de los pavos, que recordemos solían conformar grandes bandos en los latifundios, en lugares

accesibles y de gran cantidad de pavos, incluso podía ir el comprador a recogerlos en un camión. Era más frecuente llevarlos andando desde los cortijos a los pueblos, desde donde se mandaban fuera:

“Los traían andando hasta el pueblo, por la carretera, como había mu poco transito, pos lo cogían en los cortijos y los traían con un zurriago aquí hasta el pueblo. Los pavos son mu fácil de llevar, las gallinas no”.

B. V., Mn.

Los huevos también los recogían los recoveros, teniendo mucho cuidado en su transporte.

“Huevos se rompían mu pocos. Los huevos se ponían en paja, empajaos, poníamos paja abajo, se echaba una camá de huevos, se metía paja pun, pun... Como se traían antes del campo en los carros y el sistema ese que había pa traerlos, es mu seguro, mejor que las virutas. Después en Llerena se metían en cajas, eran treinta y cinco, setenta docenas la caja, de dos cuerpos. Y se encajaban pero con viruta fina. Y era más segura la paja que la viruta”

P. A., Mn.

Pero, además de vender a los recoveros, al igual que sucedía con las gentes de los pueblos, las del campo también los llevaban a las tiendas, donde los entregaban como pago de productos básicos. Aunque no solía ser el caso de las gentes del campo, un ejemplo de este tipo de trueque en los pueblos era el que se nos describe en Monesterio:

“Entonces en to los corrales había gallinas y había guarros y había... Había que vender pa poder comprar pa comer, o bien un vestío o bien cualquier cosa. Eso en lo mismos corrales de las casas, el que no tenía tierras. Había dos hombres aquí que andaban por las calles con unos cenazos de tapadera grande y traían azúcar o café o cosas de esas o jabón... y luego venía to los días, y si tenías un huevo le dabas un huevo, y si tenías dos le dabas dos, o tres... arroz, fideos, esas cosas.”

T. D., Mn.

En el campo, los ganaderos o los caseros solían llevar los huevos a los comercios cuando iban a hacer la compra para los días que fuera necesario o bien se servían de trabajadores que iban y venían al pueblo para hacerlos llegar. Cuando se trataba de enviar los huevos a los amos de las fincas solían ser los *rapas* o mandaderos los encargados de tal menester.

En el caso de las palomas, aparte del consumo ocasional en las fincas, el destino solía ser la venta para el tiro de pichón en las ferias de los pueblos, como era el caso que nos cuenta un recovero de Monesterio. De la zona de los Llanos de Llerena, acudían también pellejeros u otros compradores en busca de los pichones.

Un subproducto de las palomas muy apreciado por los hortelanos era el estiércol, el palomino, que al ser muy fuerte había de ser empleado en muy pequeña

cantidad y que conseguía que se adelantase la producción de pepinos. En cualquier caso, el volumen que se requería para las huertas era poco. El estiércol de gallina también era fuerte y, caso de emplearlo, por ejemplo para los tomates, se mezclaba con el de otros animales.

### **2.6.2. Las bestias**

Como dijimos al principio de este libro, en la dehesa tradicional, en la agricultura tradicional en general, nos encontramos con ese tipo de economía natural en que los factores de producción se obtienen del propio medio. Uno de los más claros exponentes de ello era el de fuerza de trabajo necesaria para los procesos de producción, pues ésta se extraía de la energía humana y animal. En aquellos tiempos, la energía obtenida de motores era insignificante, limitándose a algún coche propiedad de los amos destinado al transporte de los mismos. En ocasiones, para el transporte de ganado tras la venta, o para traer algún grano, llegaba algún camión. En los años cincuenta apareció para uso en las fincas algún vehículo tipo Land-Rover. También entonces se constata la existencia de algunas máquinas trilladoras, varias de ellas en los cuarenta incluso, pero eran muy pocas en cualquier caso. Los tractores habrían de venir después. Las bestias y, en mucha menor medida, el vacuno de labor eran la única fuerza de trabajo junto a la humana.

Las necesidades que en la dehesa había de ganado equino no eran exactamente las mismas que en las campiñas. Si en éstas últimas primaba el ganado de labor y abundaba por doquier, en las dehesas necesariamente estaba presente porque el cultivo era uno de los usos del territorio, pero uno más. Aunque el uso en la labor fuera la principal dedicación de las bestias, en comparación con la campiña, las otras actividades de las bestias suponía un porcentaje de dedicación más alto del que tenían en la campiña. Se transportaba menos con las bestias, y se transportaban cosas distintas.

Si prestamos atención a los datos que nos ofrece el cuadro 11 veremos cómo no se da una correlación entre campiña y número de bestias, pues los primeros puestos, en cuanto a animales de trabajo por hectárea, los ocupan Segura, Bodonal

y Cabeza, tras los cuales aparecerían Fuente de Cantos y Bienvenida. Ahora bien, son los burros, y en mucha menor medida también el vacuno de labor, los que hacen que esto sea así. Si nos centramos en las mulas, el ganado de labor por excelencia, veremos como su presencia es mayor en la campiña, con Fuente de Cantos a la cabeza.

---

**CUADRO 11. GANADO DE TRABAJO EN 1948. TOTALES**

---

	<b>Caballar</b>	<b>Mular</b>	<b>Asnal</b>	<b>Vacuno</b>	<b>Total</b>
Bienvenida	107	388	366	0	861
Bodonal de la S.	165	181	384	21	751
Cabeza la Vaca	85	184	375	21	665
Calera de León	72	82	296	8	458
Fuente de Cantos	385	1271	807	31	2494
Fuentes de León	101	184	511	75	871
Monesterio	205	560	720	130	1615
Montemolín	119	261	847	26	1253
Segura de León	179	299	867	77	1422

---

Elaboración propia a partir de GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ. 1948.  
*Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz.*

---

**CUADRO 12. GANADO DE TRABAJO POR HECTÁREA EN 1948.**

---

	<b>Caballar</b>	<b>Mular</b>	<b>Asnal</b>	<b>Vacuno</b>	<b>Total</b>
Bienvenida	0,0116	0,0419	0,0395	0	0,0930
Bodonal de la S.	0,0242	0,0266	0,0564	0,003086	0,1104
Cabeza la Vaca	0,0133	0,0288	0,0587	0,003286	0,1041
Calera de León	0,0104	0,0118	0,0428	0,01156	0,0662
Fuente de Cantos	0,0157	0,0513	0,0326	0,00125	0,1007
Fuentes de León	0,0092	0,0092	0,0467	0,0068	0,0796
Monesterio	0,0063	0,0178	0,0221	0,00399	0,0496
Montemolín	0,0057	0,0125	0,0405	0,00124	0,0600
Segura de León	0,0168	0,0281	0,0815	0,0072	0,1336

---

Elaboración propia a partir de GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ. 1948.  
*Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz.*



En general, en la zona de sierra se precisaban animales para cargar producciones muy diversas: leña, cisco, carbón, corcho, bellota, castaña, aceituna, cántaras de leche, queso, grano, paja, heno, agua, piedras, etc. El transporte podía ser en carros y carretas, a lomos del animal o con ciertos artilugios. Había lugares de difícil acceso en los que sólo las bestias tenían acceso para ciertos trabajos, por ejemplo en la saca del corcho o el arrastre de troncos. Para el tiro se podían enganchar a carros, como en el caso del transporte de grano o paja, aunque aquí no abundaban tanto los carros de varas y llanta metálica como en la campiña porque la labor era menor. En general abundaban menos los carros y las mulas. Los carros se usaban también para cargar el pienso del ganado, la paja o el heno en barcinas, para echarle de comer a los bichos. A veces estas tareas se podían hacer a lomos de las bestias, valiéndose de serones, aguaderas o cangallas. Para recoger y transportar la piedra, que tanto abundaba en algunos sitios y con la que se hacían paredes o majanos, se ponía a las bestias una pedrera, a veces de madera de higuera, como veremos. Para arrastrar leña, troncos, se usaban sogas o cables de los que tiraban bestias y, a veces, se echaba mano de la mencionada *zorra* o *zorrilla*.

Pero no sólo fuerza ofrecían las bestias, también suministraban estiércol, más importante cuanto menos ovejas o cabras se tuvieran, y algo muy importante, las crías para la venta, que tenían un mercado en continuo movimiento y eran fuente muy interesante de ingresos y no poco desahogo, sobre todo para explotaciones modestas.

Si todo ello era lo que la dehesa podía precisar de las bestias, también tenía bastante que brindarles. Aunque menos generosa en granos y paja, la dehesa ofrecía a las bestias gran extensión de pastos en el erial, donde podían alimentarse sin coste alguno, al menos mientras no estaban trabajando. Siendo herbívoros monogástricos no rumiantes, los equinos hacen la digestión en el intestino grueso y por ello son capaces de digerir la celulosa, por lo que están a medio camino entre los monogástricos estrictos y los rumiantes. El aprovechamiento de celulosa los diferencia del cerdo, por eso no les afecta el estiaje como a los cochinos. Sin embargo, no llegan a utilizar la celulosa tan bien como los rumiantes, sobre todo cuando está más lignificada, a partir de un 15% de celulosa. Por contra, utilizan mejor las leguminosas, que los rumiantes (Montoya, 1983:83).

Además, las bestias comen algunos tipos de hierba que otros animales suelen desdeñar, hierbas altas y finas, duras a veces, o algunas que otros animales comen cuando están verdes pero no secas. Igual sucede con la caña del cereal en los rastrojos, que por su dureza la pueden aprovechar mejor con su poderosa dentadura. Los caballos, y más aun los mulos y burros, limpian el pastizal de cardos, juncos, carrizos, hierba secas y otras especies, y lo mejoran. Aunque por la conformación de su hocico y dentición se asemeja al vacuno, el equino es más selectivo y busca pastos distintos, no compite con él, no afectando a su pastoreo si es en una proporción inferior al 10 %. Para nuestro caso, está bien adaptado a los suelos pedregosos cuando los hay. Su manejo es más sencillo que el de otras especies, más simple y uniforme en el año, tiene pocos problemas sanitarios y, si

fuera necesario, podría pasar el año perfectamente al aire libre. Su estiércol es caliente, mejor que el de vaca y cerdo. No obstante, la regeneración de las bestias es lenta, la gestación de la burra es de doce meses y apenas se consigue un potro por yegua cada dos años (Montoya, 1983:84).

Las bestias precisaban de cobijo durante la noche. Una razón era que habían de estar recogidas, pues era el ganado más susceptible de ser robado. Aunque la vigilancia fuera mucha no faltaron nunca casos de robos, sobre todo a pequeños propietarios o gentes sin tierras que las tenían cerca del pueblo, en algún *lejío*, como se llama en la zona al ejido, o en fincas donde de noche no había nadie. En las grandes fincas había cuadras, estancias amplias con pesebres para cada bestia. Las cuadras habían de contar también con pajar, aunque en fincas grandes podía ser una dependencia en sí. Los empleados, como los pastores por ejemplo, podían tener algún chamizo de palos y taramas para cobijarla, un burrero. La cuadra, de menor dimensión también existía en las fincas pequeñas y en las casas de los pueblos entre los trabajadores, que como pajar habían de utilizar a veces el pequeño *doblaio* que pudieran tener. Los pequeños y medianos propietarios, que solían vivir en los pueblos, se llevaban las bestias a su casa de noche, entre otras cosas porque eran su medio de transporte. También en los pueblos, los grandes propietarios podían tener instalaciones para las bestias, donde las cuidaban los mozos, que incluso comían en la casa de noche, antes de irse a su casa.

“En las casas grandes había poco ganao en la casa, en las cuadras de bestias na más, porque las casas grandes dentro del pueblo a las traseras tenían unas cuadras con una puerta falsa que allí metían los mozos las mulas cuando venían, le echaban de comer, se iban a su casa y la otra mañana las recogían. Los araos y las cosas esas, y después los pobres pos tenían un cacho corral y si tenían un burro le hacían un cachilo cuadra y, si tenían un guarro allí también metío, allí lo engordaban.”

Z. J., Cv.

Donde no había puerta trasera, en las casas más modestas, las bestias habían de pasar por enmedio de la casa, razón por la cual el pasillo difería del resto de la solería, estando, por ejemplo, empedrado para que no resbalasen los animales. A la puerta, en la fachada solía haber también clavada una argolla de hierro donde amarrar las bestias si había que entrar en la casa y dejarlas fuera. Esto sucedía sobre todo donde no había ventanas con rejas.

El ganado equino no requería ninguna mano de obra específica para su cuidado. Perfectamente podía estar suelto durante el día en un erial si había comida. Podía quedarse en alguna cerca o, sin cercas, estar amarrado a una estaca o amaneado. Para su alimentación era atendido por los dueños o los empleados que más relación tuvieran con las tareas que el equino desempeñaba, por ejemplo el *apareaó* o los mozos de mulas, el casero o el guarda. Sólo en los casos de existir cobras de yeguas, manadas, podía haber una persona a su cargo, el yegüero o yegüerizo, que en nuestra zona eran algo excepcional.

Como consecuencia de todo lo dicho, por necesidad de las fincas y por

aptitud de las mismas, las bestias estaban presentes en todas las dehesas, además de en todos los pueblos con los que la dehesa se relacionaba, como podremos ver. En todo ello habremos de considerar dos aspectos, el ganado de los dueños de las fincas y el de los trabajadores. Pero vayamos viéndolo según las distintas especies y empecemos diciendo que había una correlación entre el tipo de ganado que se tenía y el estrato económico al que se pertenecía, como nos describe sucintamente esta relación que nos hace un campesino:

“To el pueblo tenía bestias. El jornalero también, como medio de transporte. Esos tenían un burro. Los que tenían una pequeñas propiedad o una senara [aparceros], tenían dos burros. Los “de media capa” tenían ya mulas, incluso yeguas. Los ricos también tenían de los dos.”

D. F., Sg.

Si empezamos por los animales de más enjundia, el ganado caballar era el que menos abundaba. Animal de alto valor, ligero en la labor, para uncirlo al arado había de ser castrado porque, si no, no era dócil. Al castrarlo se le resta una de las potencialidades económicas, la cubrición para cría de potros o muletos, con lo cual resulta un lujo tenerlo. En este tipo de terreno duro y pedregoso el caballo es menos duro que las mulas, siendo propio de tierras mejores, como por ejemplo las vegas de Valencia o Cataluña. Era algo sumamente extraño ver caballos para la labor. Los que se tenían eran animales enteros que sirvieran para la cría, como sucedía en muchas fincas, sobre todo en las de más cultivo. También los había castrados para tiro y silla, cosa que sólo los grandes propietarios podían permitirse, para su uso y para el de los encargados o guardas, que habían de recorrer las fincas. Coches de caballos en aquella época eran pocos los que había, pues los propietarios los habían ido sustituyendo por vehículos a motor, para lo cual disponían a veces de un chófer y en ellos iban a las fincas desde sus casas en los pueblos.

Como vemos, los caballos estaban asociados a la gran propiedad, a los *señoritos* o a los que más directamente velaban por sus intereses, encargados o guardas. También iba a caballo a veces la Guardia Civil. Por eso el caballo ha sido tan importante en la simbología, en el imaginario de esta sociedad, como símbolo de preeminencia y de dominación. Aparte de estos, caballos tenían muy pocos labradores y algún carbonero muy solvente, que cogía gran cantidad de *rancherías* y disponía de mucha mano de obra. Su función era importante sobre todo para el arrastre de algunos troncos, por ser potentes y ligeros, por su aptitud para subir y bajar pendientes. No ya como gente de las fincas, sino como personas con ellas relacionadas y que fueran a caballo, podemos citar a algunos recoveros o pellejeros, que los usaban por el mucho camino que habían de recorrer, pero no todos los tenían.

Siguiendo con la importancia del caballar, hay que decir que yeguas había más que sementales, evidentemente, y al igual que los caballos cubrían burras, los burros cubrían yeguas. Yeguas había en todas las grandes fincas para abastecerse de ganado de labor, de mulas, aunque en un latifundio de Fuentes de León hemos encontrado que no se usaban para criar mulas, sino potros:

“Yeguas no había muchas, yeguas en esta casa sí había cinco o seis yeguas, y de buena clase. Pa criar mulas tenía un burro y, si no, pa potras, tenía un caballo. Aquí no se ponía el burro, porque la mula pos ibas a la feria y te comprabas una collera de mulas bien y lo que se tenía era cinco o seis yeguas que valían también un dinero entonces. Pa sacarle las crías y venderlas. Se iba a Zafra y a Fregenal, que eran pa las bestias mu buenas.”

A. J., Fl.

Por la rareza antes aludida, por el menor uso y partido que se les podía sacar, las potras tenían mejor venta que los potros. En las grandes fincas, a algunos empleados se les admitía una yegua como excusa, por ejemplo al encargado, al guarda o casero, que obtenía con las crías unos curiosos ingresos. También entre los labradores, sobre todo los más desahogados, había yeguas.

Además de reproductoras podían utilizarse como animales de tiro, silla y labor, pero esto era poco frecuente, sobre todo lo último, ya que si acaso era para la trilla solamente. Aunque había muchas fincas que tenían un buen número de yeguas para labor y para criar las tan necesarias mulas, no encontramos las cobras de yeguas de la campiña, salvo en las explotaciones que teniendo tierras en esa zona de labor las llevaban a la dehesa.

Algunos propietarios, como vimos, tenían fincas en la dehesa y la campiña y desplazaban sus caballos, yeguas y mulas a las fincas atendiendo a los requerimientos de trabajo o buscando el mejor acomodo en la comida, hierbas, etc. En el tiempo en que no había labor en la dehesa, alguna explotación llevaba casi todo su equino a los eriales de los encinares, y valga como ejemplo el de unos grandes propietarios de Montemolín que llevaban su ganado a la finca de las sierras de Santa María de Navas cuando aflojaba el trabajo en la sementera. Sobre el perfil de los dueños de yeguas y sobre el destino de éstas nos informa un campesino:

“Había casas que tenían yeguas y criaban a lo mejor catorce o quince mulos y mulas tos los años y cuando tenían dos o tres años las vendían en Zafra. Estaban en dehesas grandes y muchos que eran labraores y tenían una yegua y criaban tos los años una cría y la vendían tos los años en la feria y era una costumbre ir tos los años a la feria, unas veces a comprar y otras a ver.

Las yeguas se dejaban más pa mulos que pa potros porque era más vendible que el potro. Los potros y potras, cuando uno quería hacerse de ella, iba a la feria, a San Miguel, y había donde escoger, compraba una buena. Luego había una cantidad de burros en los pueblos... sementales. Los echaban a las yeguas y criaban unas mulas que eran mu buenas y vendibles tos los años.

Casi toas las fincas tenían estas yeguas, algunas quince o veinte y otras una, dos, tres yeguas. Eran pa la cría na más, na más que estaban pa criar y se solían coger en la trilla, pero no araban ni cargaban, ni na, eran toas pa criar. Las yeguas quizás coman menos que las vacas.”

Z. J., Cv.

Como decimos, las cobras de yeguas no eran frecuentes aquí. Incluso no